

de la democracia española, al compararlos con los de otras democracias, valorando los autores que no se trata de males exclusivamente españoles. En conclusión esta vocación por ofrecer una visión amplia del fenómeno de la transición lastra el conjunto global de la obra, sin que afirmemos que su lectura resulte insatisfactoria siempre que se tenga consciencia de que cada capítulo actúa de forma plenamente independiente y sin pretensión unitaria alguna.

Larraz, Fernando, *El monopolio de la palabra. El exilio intelectual en la España franquista*. Madrid, Biblioteca Nueva, 2009, 335 pp.

Por Iván López Cabello
(Université Paris Ouest-Nanterre La Defense,
France)

Las investigaciones más recientes sobre los intelectuales y la España franquista, vienen mostrando que se trata de un tema importante no sólo en el estudio de la historia política, social y cultural de la Dictadura, sino también del posterior proceso de transición hacia la democracia. La cuestión parece trascender, por lo tanto, el mero estudio de los intelectuales y su actividad durante el Franquismo desde diferentes ámbitos, para adentrarse en las raíces culturales de la España actual. De manera general, se considera que la Guerra Civil y la posguerra supusieron una larga y profunda ruptura, sin comparación en la Europa del siglo XX. Dicha ruptura adquirió una relevante significación en el ámbito de la cultura, pues los vencedores responsabilizaron de los males nacionales que habían provocado aquella tragedia a la vencida "República de los intelectuales". El mundo de la cultura y los intelectuales en particular, sufrieron de manera acusada la violenta represión llevada a cabo y pagaron con su vida o con la cárcel su defensa de lo que los vencedores llamaron la Anti-España. La ruptura tuvo también una importante dimensión geográfica, pues la victoria franquista provocó la dispersión por el mundo de destacados representantes de la cultura española, lo que constituye una anomalía de gran envergadura en la historia cultural de la España del siglo XX. También se considera de manera general a la cultura como el factor pionero en la progresiva erosión que, desde mediados de los años cincuenta, sufrió la estructura de un régimen que se mostró incapaz de controlar el disenso y la conflictividad mediante la

propaganda y la represión. Aunque no existe consenso entre los investigadores a la hora de explicar las raíces culturales que sentaron las bases del actual régimen democrático, se ofrece normalmente un lugar destacado a la generación que protagonizó las primeras revueltas estudiantiles de 1956, en la que germinaría la reivindicación de una reconciliación que tuvo como punto culminante el amplio consenso establecido durante la Transición. Autores como Jordi Gracia ahondan aún más en esas raíces, llegando a vislumbrar síntomas de pervivencia de cierta tradición liberal que resistió silenciosamente durante el primer Franquismo, lo que explicaría la evolución política de algunos intelectuales relacionados con el denominado "falangismo liberal" (*La resistencia silenciosa. Fascismo y cultura en España*, Premio Anagrama de Ensayo 2004). Otros autores como Santos Juliá, consideran que no se trata realmente de una evolución política, sino de una crisis provocada por el rechazo de los proyectos de unidad cultural de España, que terminaría con la derrota final del dirigismo cultural que compartieron los diferentes grupos de intelectuales ligados al Estado franquista, lo que incitó a algunos de ellos a derivar hacia posiciones liberales e incluso democráticas (*Historias de las dos Españas*, Premio Nacional de Historia 2005).

El debate que aportan los libros que hemos citado a la historia cultural española (cf. *Historia del Presente*, nº 5, 2005), pone de relieve la dificultad que plantea el estudio del fenómeno de la cultura por su carácter multiforme y la necesidad de abordarlo desde perspectivas que expliquen la complejidad que caracteriza sus relaciones con la evolución política interna. La esfera cultural posee, en efecto, canales de expresión propios y diversos, tanto en el interior como en el exterior, y es en este último en el que se sitúa un exilio cultural que permanece por lo general en las márgenes de las investigaciones y debates que venimos comentando. La existencia del exilio intelectual supone una complicación en el estudio de la historia cultural española del siglo XX y abordar esta dificultad nos parece la principal aportación de *El monopolio de la palabra. El exilio intelectual en la España franquista*, publicación derivada de la reciente tesis doctoral de Fernando Larraz, actualmente miembro del Grupo de Estudios del Exilio Literario (GEXEL) y del Centro de Estudios sobre las Épocas Franquista y la Democrática (CEFID). La problemática del exilio es imprescindible para comprender el fenómeno de

la cultura en la España franquista, pues representa la más inequívoca resistencia cultural ante el dirigismo que la caracterizó, aspecto que tiende a olvidarse. Los diferentes grupos de intelectuales relacionados con el nuevo Estado se beneficiaron del "monopolio de la palabra" que impuso la "Victoria" y llevaron a cabo, a través de sus canales de expresión, la manipulación de la recepción del exilio durante las distintas etapas del Franquismo. Así lo pone de manifiesto este estudio sobre el exilio intelectual (el literario principalmente y en particular su narrativa) que, además de un riguroso análisis textual, ofrece una valiosa interpretación del contexto en el que se insertan los discursos de las autoridades y de los intelectuales de la España franquista, lo que permite clarificar las posiciones adoptadas en cada momento y contrastarlas con revisiones posteriores (el índice onomástico y el apartado bibliográfico específico que merece esta obra, completarían mejor esta labor). El objeto de estudio de esta obra es pues el análisis de la percepción y de la recepción que se hizo del exilio intelectual, examinando para ello las actitudes, propuestas y actuaciones realizadas desde las instituciones y desde los distintos medios culturales de la España franquista, perspectiva que completa investigaciones como la realizada por Pere Ysàs en *Disidencia y subversión. La lucha del régimen franquista por su supervivencia (1960-1975)* (2004).

Aunque las corrientes antiintelectualistas prevalecieron durante la posguerra, las necesidades del Régimen y de los grupos ideológicos que procuraban distinguirse dentro de las esferas de poder, fueron cambiando ante la nueva coyuntura política internacional. Surgieron así dos alternativas de política cultural para el desarrollo del Estado totalitario: la intransigente, que negaba la cultura heterodoxa, y la comprensiva, cuya integración se basaba en la apropiación de elementos que pudieran interesar al Estado. Esta última es la que triunfó con las tesis del diálogo, pero siempre en busca de la estabilidad del Régimen y escondiendo la imposibilidad de una verdadera reconciliación, pues la cultura del exilio debía ante todo someterse. El exilio perdió de este modo la exclusividad de la cultura verdaderamente libre como referente de las jóvenes generaciones y se fue creando el mito de una cultura liberal en el Franquismo, que no sería más que un refugio ante la difícil coyuntura de la derrota de los Estados fascistas y su consecuente política de normalidad. El autor se fija especialmente en el

tipo de intelectual, aparentemente contrario al Régimen, que militó en el posibilismo evolucionista, pues considera que en esta postura se encuentran las claves del proceso de recepción "deformante, injusto e interesado", que describe en su libro. Se deconstruye así dicho mito y se analizan los discursos que manipularon la realidad del exilio intelectual para adaptarla a los intereses de la España franquista, juego al que se prestaron algunos exiliados.

Según las necesidades cambiantes de la España franquista se pusieron en práctica, de manera simultánea o sucesiva, tres opciones que explican la larga ausencia y la deformación de la voz de los exiliados en el país del que fueron expulsados. A la manipulación, que se llevó a cabo gracias a la imposibilidad de los lectores de acceder a los textos, se sumó el silenciamiento de la existencia del exilio intelectual y su normalización, lo que permitió integrar a algunos escritores no subversivos. Estas tres opciones explican, en el ámbito literario, la ausencia generalizada del corpus del exilio en los cánones de la cultura española, ausencia que se extiende hasta nuestros días, condenando dicho corpus "a seguir vagando por una especie de limbo historiográfico", como señala Larraz, sin encontrar un lugar preciso en la historia cultural española. De acuerdo con esta hipótesis, esas tres dinámicas han determinado hasta hoy una serie de tópicos de la cultura del exilio basados en los intereses promocionales de determinados grupos que apoyaban al Régimen. Los tópicos del intelectual exiliado más recurrentes serían el resentimiento y el desconocimiento de la realidad española, pero también el antiespañolismo, la incapacidad artística y la tendencia a la propaganda, el nacionalismo y la nostalgia, la existencia de dos exilios (dirigentes/ilusos, inmovilistas/evolucionistas), la obsesión por la Guerra Civil y sus consecuencias y la prepotencia de la cultura del exilio frente a la cultura interior. A partir de su raíz ideológica, Larraz distingue también tres tipos de historiadores que abordaron la literatura exiliada: los oficiales, que excluyeron a los exiliados para culparles después de dicha exclusión; los liberales, que procuraron incluirlos en la historia de manera más objetiva, a pesar de las restricciones existentes; por último los jóvenes de los 50, que mostraron más bien ignorancia y desinterés por la cultura del exilio, lo que relativiza en cierto modo la concienciación democrática de aquella

generación. Aspectos como éste ofrecen claves esclarecedoras sobre la última fase del Franquismo que convendría explorar en profundidad, por ejemplo el interés que despertó entonces el exilio y que relativiza este estudio al mostrar que no se vio correspondido por estudios críticos completos y objetivos, salvo raras excepciones. También se alude a las llamadas que se hicieron en aquel momento para evitar la mitificación del exilio, lo que se utilizó con excesiva frecuencia como coartada para reducir el alcance que sus realizaciones podían tener.

El libro invita pues a explorar con mayor detalle la amplia reflexión que ofrece sobre la compleja relación que se estableció entre el exilio intelectual y la España franquista y a investigar casos concretos como el de Max Aub y Ramón J. Sender, tan esclarecedoramente diferentes, como muestra uno de sus capítulos. También invita a prolongar la reflexión a la España posfranquista, para llegar hasta la actualidad y preguntarse qué ha pervivido del propósito franquista de desubicar toda una facción de la sociedad y de la cultura española. El balance que nos ofrece Larraz es desgraciadamente bastante negativo, pero señala al mismo tiempo el camino que queda por andar.

Lión Bustillo, J., *La reunificación alemana y la seguridad europea*. Alzira, Edicions La Xara, 142 pp.

Por Miguel Ángel González Claros
(Universidad de Cádiz)

El interés de este libro reside por una parte en la exposición detallada del papel jugado por los diferentes responsables políticos implicados en el proceso de unificación alemana y por otra en las consecuencias que tuvo y tiene tal acontecimiento en la dinámica de la construcción europea, especialmente en el tema de la seguridad.

Francisco Javier Lion Bustillo, desde un enfoque internacional, lleva a cabo un serio análisis del proceso de reunificación alemana así como del papel resistente a ella por parte de los principales protagonistas políticos del momento.

La unificación alemana acaecida el 3 de octubre de 1990 fue la culminación de un proceso acaecido en unos momentos en el que, por una parte, el bloque comunista se estaba desintegrando a la vez que se desmantelaban

sus estructuras de integración y por otra, la parte occidental, se sentían aliviado dado que esta unión no rompía las alianzas establecidas ni se abandonaba el proceso de la unión europea, aunque, como nos relata el autor, sí iban a alterar la dinámica de la Europa occidental.

El autor en los dos primeros capítulos nos conduce a la realidad surgida tras la segunda Guerra Mundial, siendo el tema alemán el gran problema que tiene planteado Europa. Dada la dura experiencia europea ante la prepotencia alemana y a pesar de ser un país vencido y desarmado sus países vecinos veían con buenos ojos que Alemania quedara desmembrada. El enfrentamiento entre Estados Unidos y la URSS y el temor que esta zona de Europa se quedara sin control hizo surgir tanto a la RFA como a la RDA.

Pronto la cuestión alemana quedó fijada al proceso de integración europea vinculando al RDA a las distintas instituciones como UEO, la OTAN y las Comunidades Europeas y no fue hasta la segunda mitad de los 80, con la superación del clima de Guerra Fría, cuando confluyeron las políticas de acercamiento a Bonn desde Moscú y Washington. En tal situación tanto en Francia como en Inglaterra surgieron temores ante el liderazgo del nuevo país y que éste actuara fuera del control de las instituciones occidentales, pero tales inquietudes se enfocaban para un futuro no cercano, dado que se pensaba que la superación de la división alemana sería un proceso lento y gradual.

Todo se aceleró con el derrumbe del comunismo en la Alemania del este. Hechos tan concreto como el éxodo masivo hacia Hungría como el incremento de la contestación social en la calle en demanda de mayor libertad hicieron resurgir la cuestión alemana. Tras la caída del Muro de Berlín, la respuesta del gobierno de Bonn fue de prudencia ante tales hechos para no provocar una reacción negativa por parte soviética. Como constata el profesor Bustillo, los hechos acaecidos fueron de gran sorpresa para la Europa comunitaria. Tanto Francia como Inglaterra mostraron cierta inquietud ante los cambios en curso. Mitterrand optó por la política de integración europea como paso previo a la reunificación y Margaret Thatcher por la democratización de la RDA.

Fue a partir de “El Plan de Diez Puntos” cuando la postura de las autoridades de Bonn marcó como objetivo la integración económica y